

Referencia para citar este artículo: González-González, M. A. (2014). Metáforas y paradojas de los miedos en los sujetos docentes. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 12 (1), pp. 355-370.

Metáforas y paradojas de los miedos en los sujetos docentes*

MIGUEL ALBERTO GONZÁLEZ-GONZÁLEZ**

Profesor-investigador Universidad de Manizales, Manizales, Colombia.

Artículo recibido en marzo 1 de 2013; artículo aceptado en mayo 20 de 2013 (Eds.)

• **Resumen (analítico):** *A partir de unos testimonios de vida se abordan los miedos de docentes universitarios colombianos, toda vez que ha sido un país signado por una fuerte violencia instaurada desde la colonización, transitada por la independencia y radicalizada hasta nuestro primer decenio del siglo XXI. Esta investigación abordada entre el 2010-2012, dentro del interés potencial de conocer los Lenguajes del poder y los miedos que generan y administran. ¿En qué consisten los miedos de los docentes universitarios de Manizales y Pereira, en Colombia e impactos en su ejercicio docente? Las conclusiones nos sorprenden, los docentes hasta no ser preguntados, no son conscientes de enseñar el miedo. Identifican que el miedo es un estilo de vida y, por tanto, no sólo lo enseñan, también lo generan y lo administran. Son portadores y parteros del miedo.*

Palabras clave: docente, profesor, educación, lenguajes (Tesoro de Ciencias Sociales de la Unesco).

Palabras clave autor: miedos, fantasía, ansiedad, utopía, metáfora, ironía, paradoja, olvido.

Metaphors and paradoxes of professors' fears

• **Abstract (analytical):** *We deal with the fears felt by Colombian University professors using as point of departure some life testimonies, considering that this is a country that has been characterized by a lot of violence since colonial times, going through the independence struggles and radicalizing in the first decade of the 21st Century. This research covers the period between 2010-2012, with the potential interest of knowing the language of power and the fears it generates and manages. What do the fears felt by University professors from Manizales and Pereira, Colombia consist in? What is their impact on their teaching practice? The conclusions come to us as a surprise: until they were asked, the professors were not aware of the fact that they had been feeling fear. They identify that fear is a life style and therefore, they not only teach it but also generate and manage it. They are carriers and midwives of fear.*

Key words: teacher, professor, education, languages (Unesco Social Sciences Thesaurus).

Key words author: fears, fantasy, anxiety, utopia, metaphor, irony, paradox, oblivion.

* El presente artículo de reflexión es fruto de una investigación realizada entre febrero del 2010 y diciembre de 2012 en las maestrías de educación, docencia, y educación desde la diversidad, en la universidad de Manizales, dentro del macroproyecto Lenguajes del poder, financiado por la Universidad de Manizales. Igualmente se presentó como ponencia en el Colloque International Écritures en Migration(s) Histoires d'écrits, histoires d'exilsen. Universidad de parís 8. París, Francia, mayo 12 de 2012. Área de conocimiento Educación, sub-área Enseñanza-Aprendizaje.

** Licenciado en Filosofía y letras de la Universidad Santo Tomás. Magister en Educación-Docencia de la Universidad de Manizales. PhD en Ciencias de la Educación Universidad Tecnológica de Pereira. PhD en Conocimiento y cultura en América Latina, Ipecal, México. Docente e Integrante grupo de investigación Maestrías Universidad de Manizales. Correos Electrónicos: miguelg@umanizales.edu.co, mgaronte@me.com



Metáforas e paradoxos dos medos dos docentes

• **Resumo (analítico):** *A partir de testemunhos de vida são abordados os medos de professores universitários colombianos uma vez que este tem sido um país marcado por uma forte violência instaurada desde a colonização, a qual transitou pela independência e se radicalizou desde a primeira década do século XXI. Esta pesquisa, realizada entre 2010 e 2012, dentro do interesse de conhecer as linguagens do poder e os medos que geram e administram. Em que consiste os medos dos professores universitários de Manizales e Pereira na Colômbia e quais são os impactos em seu exercício docente? Os resultados surpreendem os professores até que sejam perguntados não estão conscientes de ensinar o medo. Identificam o que o medo é um estilo de vida e, portanto, não apenas o ensinam como também o geram e o administram. São portadores e geradores do medo.*

Palavras-chave: docente, professor, educação, linguagens (Tesouro de Ciências Sociais da Unesco).

Palavras-chave autor: medos, fantasia, ansiedade, utopia, metáfora, ironia, paradoxo, esquecimento.

-1. Introito. Timore. -2. Primera instantánea: Sentido de los testimonios de vida. -3. Segunda instantánea: miedos históricos de los sujetos docentes. -4. Tercera instantánea: condición de actualidad de los miedos. -5. Cuarta instantánea: metáforas y paradojas del miedo. -6. Quinta instantánea: Punto de cierre. Futuro del miedo. Fantasía y ansiedad. -Lista de referencias.

1. Introito. *Timore*

Si en latín *timore* es miedo, en español el miedo se puede acompañar de varios temores; un miedo bien fundamentado requiere concretarse con muchos temores. El miedo es una emoción, es una excitación por la cercanía de un peligro real o imaginario que se acompaña por el deseo de escapar, de evitar la amenaza. El miedo es común a todas las especies vivientes, es instintivo. Para Freud (1899/ trad. 2008), según lo dice en su libro *La interpretación de los sueños*, existen dos tipos de miedo: el real y el neurótico. El primero es cuando existe un peligro verdadero, evidente, que pone en riesgo el cuerpo físico o mental; en el neurótico no hay un peligro tangible, se siente miedo ante algo que no existe, ante algo supuesto; viene más de la imaginación y de la sensación.

Los miedos alrededor del cuerpo, los que se producen por enfermedades o porque no se ajustan a los estándares sociales de homogenización, también generan miedo (Páez, 2009, p. 997):

Lo vivido de modo directo es el centro. El niño o niña que vive el dolor por un golpe de otro, o la vergüenza por la burla de un par, o la

exclusión de un grupo, experimenta lo suyo en su cuerpo y en su ser completo.

El miedo por nuestra figura corporal, por lo que el otro piensa de ella, termina por abundar la esfera de los miedos.

Hay una estela de miedo, un pavor que no siempre es visible, pero que signa ciertos comportamientos del dejar hacer y del dejar pasar. Frases como “Los sapos mueren estripados en la carretera”; “En boca cerrada no entran moscas”; “No se meta donde no lo llaman”; “El pez muere por la boca”; “Los muertos no hablan”; “El silencio es la virtud de los sabios”; “Si quiere vivir mucho, no se meta en cosas ajenas”; “Solo vine al mundo y solo me voy”; “No le tenga miedo a los muertos, téngale miedo a los vivos”; “Los valientes están en el cementerio”; “Cada quien se labra su propia desgracia”; “Es mejor decir que por aquí corrió un cobarde y no que aquí cayó un valiente”; “Nadie es eterno en el mundo”; “El miedo es mi compañero más fiel, jamás me ha dejado para irse con otro”; “Líbrame de una ira de Dios”; han permitido cierta forma de estar, cierta constitución de sujeto, cierta cosmogonía del quehacer social, de todo lo cual no queda por fuera el sujeto docente.

2. Primer instantánea: Sentido de los testimonios de vida

Las narraciones de los propios acontecimientos de la vida de una persona han tenido varias designaciones como: autobiografías, historias de vida, narraciones, testimonios de vida, diarios personales o, incluso, didactobiografías. La didactobiografía es una propuesta que se viene llevando a cabo en Latinoamérica, la cual consiste en que los profesores y profesoras relaten sus experiencias didácticas para que, a partir de allí, reconozcan sus afectaciones y luego las identifiquen en la sociedad. Es un proceso de adentro hacia fuera, es decir, se identifican las afectaciones y luego se encuentran en el afuera como una suerte de espejo en el grupo cultural donde se desempeña o donde se tuvo mayor vínculo en relación con la afectación, la cual se comprende dentro del orden de las emociones. Que la propia vida sirva de testimonio, de provocación para dar evidencia de una época, de unas características culturales y sociales de un territorio o de un país es, de por sí y en sí misma, un recurso metodológico. La autobiografía, según nos dice Quintar (2006),

“(…) se hace con preguntas problematizadoras re-flexivas para tomar conciencia de lo hecho, explicándolo y fundamentándolo científicamente y así proponer alternativas transformadoras para que en los tiempos individuales lo materialice en una aspiración de efabilidad”.

La autobiografía permite revisar la propia historia didáctica del sujeto docente para reconocer y reconocerse.

Varias podrían ser las instantáneas del miedo, varias las fronteras del quehacer educativo; pero como nos dice Delumeau (2005, p. 11), “Las otras dos fronteras son de tiempo y de espacio”, esto es, que el miedo se puede reconocer en un lugar determinado y en un tiempo dado; en otras palabras, los miedos no tienen la misma intensidad, dependerá del territorio y del momento donde acaezcan.

Así las cosas, expone Beck (2002, p. 13) “Vivimos en una era de riesgo que es global, individualista y más moral de lo que

suponemos”. Mundializado el riesgo, el miedo es su gran oferta y su gran medicina son las compañías de seguros y las ventas futuras de planes turísticos, la felicidad vendida para un tiempo que no ha sido. Los miedos históricos de los docentes y de las docentes no siempre son de orden global; sin embargo, desde lo local se globalizan, por tanto, si tienen bastante cercanía a lo que históricamente nos han vendido como miedo los poderes religiosos, económicos, políticos, jurídicos, éticos y educativos.

3. Segunda instantánea: miedos históricos de los sujetos docentes

Los miedos históricos de los docentes y de las docentes, desde sus narraciones-testimonios de vida, se pueden comprender como unas herencias religiosas, unas herencias políticas, unas herencias económicas, unas herencias militares de dominio, es decir, unas herraduras de unas herencias culturales. “Lo que se hereda no se hurta” dicen los abuelos; lo que se hereda es patrimonio, siendo así, ¿cómo no se van a heredar los miedos?

Los miedos que encontré fueron tan diversos y en tal número que, de alguna manera, ello me hace pensar en la sociedad del miedo en que nos hemos convertido; que de la sociedad del riesgo pasamos a la sociedad del miedo o, peor aún, siempre hemos sido una sociedad del miedo, pero cada vez con mayores riesgos y renovados miedos. Aquí, el orden u organización de los miedos no se han dispuesto por mayor o menor nivel, sino por la forma en que fueron relatados, en que fueron narrados, el lugar mismo de aparición en los escritos.

“Esto de los miedos no lo había pensado, creí que era un problema de otros, pero encuentro que le temo a la muerte, a la enfermedad, a la pobreza, a las alturas, a los fantasmas, a los perros, a morir ahogado, también encuentro que cuando niño le tuve miedo a la oscuridad, a mi padre, a la policía, a la escuela, a los profesores”.

Este testimonio de vida de un docente de 65 años nos muestra que la formación machista insistía en que un hombre con miedos era como

una mujer y, claro, es el machismo escondido tras esta designación y está casi resignación.

“Mi mamá insistía que debía tenerle miedo a los hombres porque solo querían dormir conmigo. Claro, no solo a los hombres les he temido, también a las arañas, a los ratones, a las culebras, a los perros y aún les sigo teniendo miedo, claro, ya no tanto a los hombres”.

Esta profesora de 45 años nos hace caer en la cuenta de que hay miedos en la niñez que incluso no se superan en la madurez de la vida, que nos siguen acompañando hasta el fin de nuestras vidas. ¿Qué tal eso de saberse acompañado por el miedo? Dice Freire (2007, p. 154) que “El miedo es muy concreto y causado por motivos concretos o que se presentan como si fueran concretos”. Alguna vez expuso Descartes que lo mejor distribuido era la razón, porque todos creíamos tener suficiente; es posible que sea el miedo otro de los atributos mejor distribuidos en la humanidad.

El próximo testimonio nos habla hasta de los ruidos, los temores al río, a los rayos; fobias o no, son auténticos problemas que desencadenan miedos.

“En mi vida he sido una miedosa increíble, le tengo miedo al ruido de los vientos, a los ríos, a los rayos, a los terremotos, a los incendios, a las inundaciones, a las avalanchas o empalizadas, es decir, a casi a todos los fenómenos naturales les temo. Los profesores siempre me produjeron miedo, ahora respeto a varios y detesto a muchos por lo mala gente que eran. Le tuve miedo a la primer noche con un hombre”.

Aquí la profesora de la Universidad de Manizales de 48 años escribe sobre sus miedos a la naturaleza con bastante holgura, e incluso relata sus miedos a los hombres y al sexo mismo que, luego, ha ido superando. La erótica no como creación sino como contención, de lo cual se pueden preciar las religiones de origen judaico: satanizar las pasiones, satanizar el sexo; de ello, también nos deberían explicaciones Sócrates, Platón y Aristóteles, quienes bastante hicieron para elevar la razón a la cúspide, al Parnaso, y enviar las pasiones al mismísimo Tártaro.

La siguiente versión de un profesor de la Universidad de Caldas, dedicado a enseñar historia, nos muestra que la influencia de la religión es notable en esto de la gestación y conservación de los miedos; digamos que son miedos sagrados, casi intocables por quien los padece: a Dios todo le es posible, todo lo queda bien, incluso, asustar a los seres humanos. De lo cual escribe González (2010, p. 30): “Lo que ocurre es que sembrar miedo resultó más fácil de lo esperado, eso ya nos lo enseñaron los dos grandes metarrelatos de las religiones monoteístas”.

“Esto de los miedos produce hasta miedo relatarlos, le temo a la locura, no sé, pero me produce mucho miedo llegar a enloquecerme. Le temo a una ira de Dios, al futuro, a la vejez, a la soledad, a la desaprobación, a la cárcel, al hospital, a los cementerios, a la muerte, a la enfermedad, le temo al fin del mundo. Le he temido a sacar malas notas, a los profesores, a mi padre, a mi hermano mayor, claro, ya no les temo, los quiero mucho, tanto a profesores, a mi padre y a mi hermano, pero les tuve mucho miedo”.

En tanto, el no autorrealizarse es otro de los grandes miedos, casi de las mayores pesadillas de la humanidad, en este caso presente en los relatos de los docentes y las docentes.

“Hay unos miedos que he denominado como histerias de una época y que los vivo, como, por ejemplo, miedo a la inseguridad de las ciudades, les temo a las grandes ciudades, le temo a los ladrones, le temo a una bomba, a un carro bomba, le temo a los grupos, al arribismo, a la insensibilidad. Le temo a la ignorancia, pero no a la ignorancia del que no sabe sino a la ignorancia del que cree saber mucho y no escucha a nadie, le temo a perder lo que he conseguido, a perder lo que tengo, le temo a perder el aprecio, el amor de mis cercanos, temo a no llegar a autorrealizarme y a que mis hijos no puedan autorrealizarse”.

Esto lo expresa un profesor de 59 años que se desempeña en la Universidad Autónoma de Manizales, para quien es fundamental la autorrealización no solo como acto de

superación sino como opción de confrontar los miedos.

“Yo sugiero que investiguemos la felicidad, para qué dedicarle tiempo a los miedos, a eso no le veo importancia, pero escribiré, no describiré ninguno de mis miedos. Creo que siempre le he temido a la vejez, al silencio, no me gusta la gente silenciosa, le temo a la insensibilidad, a la falta de solidaridad, no sé si le temo, pero me desagrada la mentira”.

Este profesor de la Universidad Luis Amigó rescata que si estudiamos el miedo con buenos argumentos podremos ayudar a formar sujetos más libres, pero se pregunta de manera constante ¿Por qué no estudiamos la felicidad para aprender a ser felices?

“Es que esto de los miedos es muy curioso. Tenemos tantos miedos que la lista es para un libro. Le temo a las puertas cerradas, a la luna llena, no sé si por eso de los lobos, a las cucarachas, a dormir sola, a no ser buena gente, a que mis hijas sufran, a una bomba atómica, pero también a un carro bomba, a manejar bicicleta, a montar en patines, le tengo miedo al futuro, a que Dios adelante el juicio final, le temo a los ateos, al diablo. Cuando niña le tenía miedo a la policía, a mi tía, a mi padre, a los espantos, a los fantasmas, tenía miedo a que me llegara la primera menstruación, temía a tocarme mis partes íntimas porque era pecado, pero no le temía a la oscuridad, me reía de los niños que sentían miedo a la oscuridad”.

La profesora de la Universidad de Caldas, de 52 años, decidió extender la escritura sobre su misma intimidad, recuerdos, secuelas de una formación machista-religiosa que aún puede seguirse manifestando en lugares donde viven grupos económicamente vulnerables.

“Cuando decidí escribir parte de mi vida, dar un testimonio de la misma, esto de los miedos me sorprendió, primero creí no tener miedos, luego encontré una lista increíble, la hice en una hoja frente a mi computador y conté más de 150 miedos, unos miedos colectivos y otros individuales, propios de mis propios fantasmas a los cuales también les temí

bastante. He tenido miedo a la libertad, por raro que esto parezca, miedo a enamorarme, miedo a ser odiado, miedo a no ser reconocido, a no ser aceptado, a ser invisible, a ser agredido, a los ladrones, a las guerras, a ser humillado y a humillar, a la injusticia, a la cárcel, a ser ignorante, a ser arribista, a lo desconocido, a la locura, a morir sólo, a la enfermedad en la vejez, le temo a cualquier tipo de sufrimiento o de dolor, temo a la tecnología deshumanizada, a una tecnología superior al hombre. Le he temido a la guerrilla, a los paramilitares, a los soldados, les temo porque todos ellos pueden ser potenciales asesinos. Soy miedoso con las serpientes, con las arañas, con los toros, temo a una estampida, a una hambruna”.

Este docente de la Universidad de Manizales con más de 50 años enfatiza en la tecnología y los miedos que puede desencadenar; el miedo a la guerrilla, a los grupos armados de ultraderecha mismos; pese a sus miedos, resalta que aún está a tiempo para confrontarlos y superarlos.

El miedo a los grupos armados del horror, Restrepo (2001, p. 11): “Enterré a mi marido y a tres de mis hijos y salí corriendo con lo que me había quedado”. Este relato de uno de los personajes de la multitud errante, nos acerca al dolor de los últimos cincuenta años de Colombia, mujeres viendo morir a sus hijos y cónyuge, mujeres rehaciendo sus vidas luego de muchas barbaridades, mujeres instaurando vida en otras tierras donde luego podrán repetir la historia, ver morir a sus amados o, aún más, afrontar su propia muerte. De otra parte, la tecnología como espacio para movilizarse, para recrear, para interactuar, pero también para someter y agredir, como nos muestran Jiménez, Castillo y Cisternas (2012, p. 830): “Junto con la incorporación de la tecnología a la vida diaria, se comienza a observar la agresión virtual entre escolares, en donde cada una de las definiciones abordadas contempla alguna forma o acto agresivo, hostil, o dañino”

“El miedo nos constituye, mucho he pensado en mis miedos, mi primer profesora nos hablaba a las niñas que el miedo era un asunto psicológico, que la mayoría de los miedos eran invenciones

de la mente. Estoy de acuerdo con ella, tenemos muchos miedos que no valen la pena. Mi padre decía téngale miedo a los vivos no a los muertos, pero yo le tenía miedo a los muertos, luego aprendí que los vivos son los peligrosos. Le tuve miedo a mi profesor de matemáticas, siempre tuve miedo que alguna vez pudiese ser violada”.

La docente de la Universidad de Caldas reconoce en su primera profesora y en su padre a sujetos que pensaron e incluso hablaron del miedo, caso que no parecía normal para los años 70 cuando inició sus estudios.

“Si quiere vivir bastante cierre la boca, porque los sapos mueren destripados en la carretera, nos decía mi padre. Ténganle miedo a una ira de Dios, las mías no son nada, insistía mi madre. Mi padre decía que las mujeres eran el mismo demonio, mero objeto de provocación y temí casarme por no vivir con el demonio, luego de casarme también temí de que mi mujer fuera infiel, creo que ya superé ese problema”.

Este profesor de la Universidad de Manizales describe sus miedos como una experiencia familiar, pero no cree ser replicador de los mismos ante sus estudiantes. En términos generales, encontramos cierta demonización del otro, bastantes miedos, donde la mujer no siempre sale bien y donde casi todo le es aceptado al Creador.

4. Tercera instantánea: condición de actualidad de dichos miedos

Si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que le venga en gana.

Sófocles (2006). Edipo Rey. Antígona.

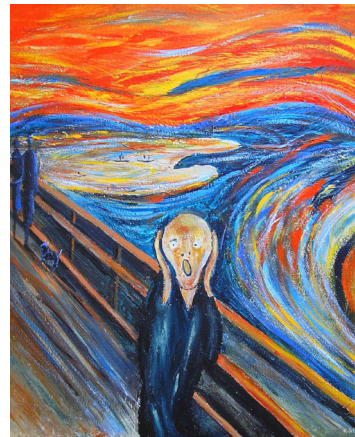
La provocación de Antígona a su Tío Creonte es tácita, el miedo silencia, el miedo deprime, comprime. Si un miedo es actual o no, puede ser un asunto complejo de comprender; lo que sí puede exponerse es que en algunas épocas ciertos miedos son más incidentes que en otras. Para este tercer milenio hay miedos muy de la vida citadina, como el miedo a la

inseguridad en las calles; pero hay miedos de supervivencia y miedos de la especie, por sabernos pensantes y capaces de modificar el entorno, aunque también miedo a la mentira, como indica Rowlands (2009, p. 81):

“(…) capacidad de mentir más que ser el blanco de mentiras, y de maquinarse más que ser objeto de maquinaciones”. La mentira podría ser un grito a la imaginación o un grito a las verdades. El grito es la manifestación de un estado de ánimo alterado, felicidad o miedo, pero en el imaginario social el grito es la máxima expresión del miedo.

El grito, Edward Munch, 1893¹

Tal vez sea una de las pinturas más significativas del siglo XX, la que inaugura la época de las dos grandes guerras, la época en que gritar era un mecanismo para mostrar, pero también para disipar el miedo. Desde los sujetos docentes se encuentran múltiples miedos, miedos que se gritan, pero que no escuchamos porque también aprendimos a cierta sordera. Sordera selectiva.



1. **Miedo a la muerte.** Esta, que es una de las pocas verdades, una de las instancias inevitables, constituye el principal de los miedos de nuestros docentes. El Ministerio de Defensa de Colombia (2010, p. 15) expone así la relación de homicidios: “2003, 23.523 homicidios; 2004, 20.210; 2005, 18.111; 2006, 17.479; 2007, 17.198; 2008,

¹ Munch, E. (1893). El grito. En: <http://www.edvard-munch.com/gallery/anxiety/index.htm> (Recuperado el 20-02-2013).

16.140 y en el 2009, 15.817 homicidios”. Con estos datos es posible que la muerte nos ponga siempre en aviso, dentro de sus características violentas; una de ellas el sicariato, venido a menos, pero que aún sigue siendo una gran amenaza. No aplica para este caso lo dicho por Epicuro: no vale temerle a la muerte, cuando ella llega nosotros ya no estamos. Entendible para el caso colombiano, donde hasta a la paz se le tiene miedo. Molano (2009, p. 22) indica que “Los acuerdos de paz han traído más muertos, pensaba yo, que los combates”. La guerra es una gran fábrica para dañar corazones, para hacer salvajes a los seres humanos, para temerle a la muerte y ni siquiera apostarle a la paz.

2. **Miedo a perder un miembro de la familia.** Saberse padre, madre, hermano, hermana, hijo o hija, genera bastante cercanía, por tanto, la muerte de un integrante de la familia es otro de los miedos. Explica Fromm (2006, p. 282), que “el miedo a la muerte sigue viviendo entre nosotros una existencia ilegítima”. Ese miedo a morirnos o a que alguien cercano se muera fue aprendido y sigue entre nosotros.
3. **Miedo a los muertos.** El miedo a los cementerios deriva del miedo a la muerte, aunque no se encuentran evidencias de que un muerto pueda regresar y atacar a un ser viviente; no obstante, muchos de los profesores y profesoras le tienen miedo a los muertos.
4. **Miedo a los cementerios.** Ese saberse solo en un cementerio o el tener que transitar cerca de estos lugares -refieren las historias narradas de los sujetos docentes-, les produce miedo. “Desde niño y aún a esta edad los cementerios me producen miedo y conste que soy hombre y tengo 48 años, además, como si fuera poco, docente de la Universidad Nacional con sede en Manizales, donde estamos dizque los profesores más avezados”.
5. **Miedo a los fantasmas.** Una creencia de que algún espíritu puede asustar es bastante frecuente. Los fantasmas aparecen en la noche; son, por así decirlo, hijos de la oscuridad, de las tempestades; según la

imaginación popular, en la luz o en el día los fantasmas no aparecen. Por tanto, -expone González (2011, p. 68)-,

Latinoamérica aprendió a crear fantasmas, a gestar espantos, ya sabemos que los mitos son amorales por permitir el crimen, pero sufren de la confrontación humana, al cabo que los espantos producen miedo, nos hacen correr, nos provocan la huida. Tal vez, Latinoamérica se conformó con los espantos y solo quiere vivir de los mitos ajenos.

6. **Miedo a la oscuridad.** Esta es una reacción muy fuerte en la niñez; sin embargo, muchas de las mujeres describieron en sus historias un miedo absoluto a la oscuridad, bien porque se puede aparecer un fantasma, un muerto, un ratón, un reptil o un delincuente. En los hombres se reconoce que es un miedo de niños que, en condiciones de adultez, es superado.
7. **Miedo a lo desconocido.** Es muy cercano al miedo al futuro. Ese temor a lo desconocido se materializa por lo sorprendente que pueda ser, pero lo sorprendente en términos de desgracia, puesto que coinciden todos los profesores y profesoras que si lo desconocido llevase a cosas gratas, poco se le temería y más bien se buscaría.
8. **Miedo al futuro.** Reconocen los profesores y profesoras que esa inseguridad frente al futuro se debe a lo desconocido de ese tiempo por venir, a tantas formas de apocalipsis narradas que ofrecen un futuro poco interesante. El mismo fracaso de aquella idea romántica de que todo iba para mejor, ahora ha perdido validez y eso también genera miedo, miedo a un futuro incierto eco-humano. De hecho, como lo expone Beck (2002, p. 13), “Vivimos en una era de riesgo que es global, individualista y más moral de lo que suponemos”. Mundializado el riesgo, el miedo es su gran oferta y su gran medicina son las compañías de seguros y las ventas futuras de planes turísticos, la felicidad vendida para un tiempo que no ha sido. De esto O`donnell (2010, p. 98) explica que “Se ha perdido aquella confianza de nuestros abuelos acerca de que el progreso, es decir, el futuro, traería mejor

sanidad, mejor esparcimiento”. El futuro-también- nos lo venden los políticos, pero cuando llega el momento de la acción las palabras no siguen a sus promesas; las religiones judeocristianas nos venden un futuro apocalíptico; ese más allá es casi imposible de conquistar, porque el cuerpo será, por suerte, fuente de pasiones, las mismas pasiones que estas religiones han querido dominar, suprimir.

9. Miedo a la enfermedad. Este miedo va en varios sentidos: el primero, porque hay una cercanía a la muerte, el segundo por el dolor, y el tercero porque puede sobrevenir una incapacidad, y generarse cierta dependencia de otras personas; y esta sola idea produce miedo en los sujetos docentes. La enfermedad de mayor miedo es el cáncer y luego el Sida.

10. Miedo a la locura. Esta es una extraña paradoja; si bien los docentes y las docentes describen muchas cosas alocadas donde se alaba la vida de los locos y las locas, esa capacidad de creación y de adaptación por la que incluso los ven como incomprendidos, a su vez tienen absoluto pavor de llegar a la insania mental, a la desconexión de la realidad.

11. Miedo a caer en la drogadicción. Es evidente que los profesores y profesoras ven en el consumo de estupefacientes un problema social, y temen caer o que alguien cercano se convierta en drogadicto. “Tengo tantos miedos, que la lista es de varias hojas, ante la pregunta hice una enumeración y parecía mentira. Le temo a las cucarachas, a los gritos de cualquier jefe, al mal genio de mi padre, a los cementerios, a los fantasmas, a los muertos, a un carro bomba, a la guerrilla, a los paramilitares, a los sicarios, a no ser reconocida, pero le temo mucho a caer o que alguien de mi familia caiga en la drogadicción”. Esta profesora de la Universidad Autónoma escribe los más variados miedos, pero es insistente en que la drogadicción es la que más la intimida.

12. Miedo a la vejez. Los viejos y viejas, incluidos sus abuelos y abuelas, madres, padres, vecinas y vecinos, les hacen caer en cuenta de que ser viejo es poco grato,

casi espantoso, por la poca autonomía, por las enfermedades y por los olvidos que la sociedad tiene sobre la gente vieja; quizá el mayor miedo, luego de la enfermedad, es la invisibilización que sufren los viejos y viejas, el distanciamiento del que son objeto. Especifica Fromm (2006, p. 163): “La desocupación ha aumentado también el miedo a la vejez. En muchos casos se requiere tan sólo [sic] a jóvenes y aun a personas sin experiencia”. Ser viejo o vieja no solo constituye un estado temporal, sino anímico y de relación con el otro; una persona vieja deja de ser útil para la sociedad.

13. Miedo a una ira de Dios. *Librame de una ira de Dios* es la expresión que mejor resume esta situación. La posibilidad de que Dios se pueda enojar ante tanto mal, que pueda acabar con el mundo o la idea misma del juicio final produce miedo. A pesar de que los docentes y las docentes destacan que Dios es misericordioso, no pueden librarse del miedo a una ira de Dios. Pese a la formación académica, es muy curioso este miedo, se encuentra todo un enrolamiento cultural, toda una imposición que no se logra resolver en algunos sujetos docentes, aún con su mundo formativo; de hecho, varios reconocen su asistencia a misa los domingos. De un tenor similar es el siguiente miedo; de ahí que la ironía de Nietzsche (2005, p. 12) sigue en el libro para nuestros profesores: “¿Es el hombre tan sólo [sic] un error de Dios? ¿O es Dios tan sólo [sic] un error del hombre?” En torno al miedo, al menos, se podrá agregar que Dios ha ganado por ahora.

14. Miedo al diablo, miedo al infierno. Este es un miedo que no comparten todos los sujetos docentes, pero un número importante destaca que el diablo aún tiene poderes, y que uno de esos es el dinero; no ven el dinero como el dios de la tierra, sino como la manifestación de lo que Mefisto puede provocar en la humanidad por intermedio del dinero; todo es comprable, todo es vendible. Al respecto, relata Delumeau (2005, p. 385), retomando a Lutero, en una diatriba contra el demonio: “El diablo, puesto que no es solamente un

mentiroso, sino también un asesino, atenta sin cesar contra nuestra vida y descarga su cólera causándonos accidentes y daños corporales”. Como buena muestra de este miedo, en el Apocalipsis 20:10 se lee: “Y el diablo que los engañaba fue lanzado en el lago de fuego y azufre, donde la bestia y el falso profeta; y serán atormentados día y noche por las eras de las eras”.

15. Miedo a la policía. La policía colombiana de los años 50 hasta los 90 era temida por su brutalidad, por sus niveles de violencia; ese miedo se ha quedado en el imaginario de los profesores y las profesoras. A partir de los años 90 la policía tiene otro tipo de relaciones con la sociedad, sin embargo, se le acusa de corrupción, de cometer delitos y de ser violenta, lo cual sigue generando miedo en la sociedad misma.

16. Miedo a ir a la escuela. El primer día de escuela, en lugar de alegría, en la mayoría de los profesores y profesoras produjo zozobra. En todo caso, la escuela goza de poco prestigio y sí es un espacio que genera bastante miedo. La condición de actualidad de dicho miedo -exponen los profesores y profesoras- se ha mutado por “Pereza de ir a la escuela”. Da pereza, da miedo por la violencia misma, explica Ghiso (2012, p. 819): “En estas condiciones, la realidad violenta y violentada penetra y se enquista en la Institución Educativa y en la vida cotidiana de estudiantes y docentes, que viven atravesados por el miedo, la impotencia, la presencia de la muerte, la inseguridad, la angustia, la intranquilidad y la desesperanza”.

17. Miedo a los profesores y profesoras. Los actuales profesores y profesoras le tuvieron miedo a sus docentes, les huyeron; sus profesores y profesoras fueron fuente de temores, pero también creen que ellos y ellas puedan ser fuente de miedos. La experiencia, su misma configuración, se traduce en acontecimiento cuando adquiere sentido, cual lo exponen Alvarado, Patiño y Loaiza (2012, p. 858): “Para que una experiencia se torne en acontecimiento es necesario que ésta [sic] se configure como una trama de sentidos que logre romper

con el curso natural de los eventos y le otorgue un significado propio al devenir de la historia”.

18. Miedo a recibir las notas o calificaciones escolares. Uno de los grandes miedos a los profesores y profesoras se reconocía en el poder que tenían al emitir la nota, la misma que se iba haciendo un fantasma desde los exámenes; esperar la nota luego de un examen les producía a los profesores y profesoras un miedo paralizador. “Temblaba cuando los profesores entregaban los exámenes, si me iba bien estaba feliz, si perdía algo de mí se perdía”, escribe uno de los docentes.

19. Miedo al padre. La autoridad del padre no se ponía en cuestión; los profesores y profesoras que participaron de estos diálogos narrados, hombres y mujeres entre 40 y 60 años, le tenían un respeto al padre que se tornaba en miedo. Donde mejor se refleja el miedo al padre es en La Biblia (1990) cuando en el Génesis 3, 9-10 dice: “Yahveh Dios llamó al hombre y le dijo: ¿Dónde estás? Éste [sic] contestó: Te oí andar por el jardín y tuve miedo, porque estoy desnudo; por eso me escondí”. Este es un miedo al padre, uno de los auténticos miedos de la humanidad.

20. Miedo al sufrimiento. Sufrir por una enfermedad, por un dolor, por la partida de un ser querido, por la pobreza, por el abandono social son, entre otros, los padecimientos que ninguno de los profesores y profesoras quisiera pasar; incluso afirma Saramago en *El evangelio Según Jesucristo* que Jesús, Dios, temió al sufrimiento que padecería en la cruz.

21. Miedo a la ignorancia. Pese a que todos los profesores y profesoras tienen formación universitaria, temen a la ignorancia, temen a no saber estar a la altura de los tiempos con la información de que disponen. En *El miedo a la libertad*, Fromm destaca que incluso hay miedo de aparecer mal informado. Esto es, el miedo a la ignorancia, es un miedo a no tener suficiente información.

22. Miedo a los reptiles y a los ratones. Este es un miedo típico de las mujeres, casi de

los primeros miedos que ellas manifestaron; si bien es una fobia, se resalta esto por la cantidad de veces que fue reconocido como un miedo casi incontrolable.

23. Miedo a los grupos, a las colectividades.

Se tiene miedo a los colectivos, a los grupos, por lo impredecibles que son. Es un miedo al qué dirán. Una fobia a los grupos que contradice el cooperativismo.

24. Miedo a ser distinto. Aquí subyace una curiosa paradoja: unos tienen miedos a ser distintos, mientras otros temen no ser distintos, temen parecerse a los colectivos. Ya nos expone O'donnell (2010, p. 23) que “La diferencia suele castigarse con la discriminación, que en el mejor de los casos se vehiculiza como marginación, pero no infrecuentemente, a lo largo de la historia de la humanidad, también como persecución, destierro, genocidio”. Lo distinto genera desconfianza.

25. Miedo a la soledad. Pese a reconocer que tienen actividad intelectual que les demanda estar solos, le temen a la soledad, es decir, no quisieran llegar a la vejez en plena soledad, en abandono del otro. Ya explica Fromm (2006, p. 46) que el miedo a la soledad se resalta porque “Un elemento importante lo constituye el hecho de que los hombres no pueden vivir si carecen de formas de mutua cooperación”. El miedo a estar solos es siempre una pregunta por la cooperación, una pregunta por el otro, por el nosotros.

26. Miedo al fracaso. Nadie quiere fracasar, a veces, ni reconocer sus propios fracasos. El fracaso es uno de los miedos más comunes encontrados en estas historias narradas de los profesores y de las profesoras. Hay quienes dirían, parodiando a Rowlands, que estamos basados en intrigas y engaños de las que el ser humano no se puede liberar. El miedo a lo inmanejable, a todo lo que no podemos controlar, y a la globalización, son otras variantes al miedo inminente a fracasar. La humanidad misma como proyecto es un fracaso; explica Bauman (2008, p. 97), que “La humanidad dispone hoy en día de todas las armas necesarias para cometer (deliberadamente o por

defecto) un suicidio colectivo, es decir, para aniquilarse a sí misma llevándose consigo el resto de la vida sobre el planeta”. Ese miedo que todos sentimos por el fracaso individual, también se lee por ese fracaso colectivo al que nos encaminamos. Esa idea de la autoaniquilación por el uso de armas atómicas o por los daños al medioambiente corresponde a un miedo al fracaso colectivo del no saber estar juntos.

27. Miedo a la no autorrealización. Es un miedo a no autorrealizarse, a ser inferior a las propias expectativas. En ese sentido, expone Beck (2002, p. 13): “La ética de la autorrealización y logro individual es la corriente más poderosa de la sociedad occidental moderna”. Esa necesidad de ser reconocido, de saberse autorrealizado, es uno de los mayores escollos de la modernidad.

28. Miedo al rechazo, a ser desaprobado. Hay un pensamiento vencido que se ha constituido desde unas teorías y prácticas que deprimen al sujeto. Aún parece más complejo el asunto cuando expone López (2009, p. 11), que Sólo [sic] el rechazo total de la realidad nos la muestra en su verdad. Sólo [sic] el rechazo total del mundo nos dice la verdad del mundo. Pero este gesto radical de rechazo ya no es el gesto moderno que, después de la destrucción, anunciaba y preparaba un nuevo comienzo.

Es como si el conocimiento fuese diseñado para rechazar la realidad y ese es el grueso de la discusión.

29. Miedo a la pérdida de un amor. En este sentido también aparece el miedo a no ser amado, tanto por sus seres cercanos, como por sus mismos vecinos y vecinas, lo cual va muy de la mano con el miedo a la desaprobación; la mayoría de los profesores y profesoras quisieran ser queridos por sus estudiantes, recordados por su don de gentes.

30. Miedo al silencio, a no poder expresar lo que se quiere. A esto nos dice Zemelman (1998, p. 141), “Surge la tarea de recuperar el silencio como momento de reflexión prediscursiva”. Es probable que también se precise del silencio luego del discurso para

escuchar los rumores, los susurros del sujeto que es el otro y que soy yo. “No me gusta el silencio, cuando explico y los estudiantes no me preguntan quedo preocupado, esos silencios me producen miedo, creo que no me entendieron o que se aburrieron”, escribe otro de los docentes.

- 31. Miedo a la pobreza.** La pobreza es una condición económica que ninguno de los docentes aprueba; le temen, puesto que en la precariedad económica, las posibilidades de sobrevivir con alguna dignidad, son mínimas; es la pobreza uno de los miedos más reiterados en estos testimonios de vida.
- 32. Miedo a perder lo que se tiene.** Es una cercanía con el temor a la pobreza. Básicamente en términos económicos, se manifiesta el miedo a perder sus propiedades, bien por un mal negocio, por acción de la delincuencia o porque el poder adquisitivo se disminuya de tal forma que se pierda lo que se tiene.
- 33. Miedo a la insensibilidad.** La insensibilidad se ubica en el afuera, se comprende como insolidaridad, incapacidad de acercarse al otro, de comprenderse con el otro. “No me gusta la gente insensible, les tengo miedo, mucho miedo, son capaces de lo peor”, destaca una de las profesoras.
- 34. Miedo a la injusticia.** Pese a reconocer que hay mucha injusticia, hay temor a ser objeto de una injusticia. “Uno puede ser injusto de muchas maneras, entregando una calificación, emitiendo un concepto o simplemente designando labores extra clase”, indica uno de los testimonios de vida leídos. Se les pide justicia a las organizaciones del Estado, pero cuando no llega, entonces pasa lo de los gobernantes indecorosos, como el caso en Chile citado por Puget, et al. (1991, p. 60): “La indignación y el miedo, lo intolerable y la violencia tienen otra intensidad, otros efectos y otra eficacia en el decir de una sociedad liberal o de una sociedad autoritaria bajo el terror”. Esto lo sabemos, ha sido una de las grandes marcas de las sociedades latinoamericanas, golpeadas y llenas de miedo por la violencia que los mismos Gobiernos ejercen sobre sus ciudadanas y ciudadanos.

- 35. Miedo al arribismo.** Varias de las historias narradas hacen hincapié en que esa urgencia de llegar a un cargo por encima de cualquier condición no la desean, les produce miedo ser o estar cercanos a un arribista. El fin justifica los medios, no lo justifica todo; la paradoja es que algunos sujetos docentes aceptan haber asumido posiciones donde estudiantes, docentes, amigas y amigos han quedado en condiciones precarias.
- 36. Miedo a ser agredido y a agredir.** A la agresión que temen es a la que tiene consecuencias físicas. “Le temo a los golpes, tanto a recibirlos como a darlos, cada que me agreden, así sea de palabra, pero a la que más le temo es a la agresión física. Como profesora soy muy dulce y trato de no asustar a los jóvenes e insisto que a nadie se debe golpear, por ninguna razón se justifica un maltrato físico, o sea, una agresión”. Esto lo manifiesta la profesora que, a sus 52 años, decide no replicar lo sufrido ni justificar esa forma de aprendizaje, sino que en rebeldía y resignificación a lo padecido opta por apostarle a la potencia y al acto, somos ser en potencia y ser en acto describió Aristóteles, en este caso, del amor pedagógico.
- 37. Miedo al fin del mundo.** Los relatos del fin de los tiempos, los relatos bíblicos del fin del mundo, los relatos modernos de atentados nucleares o calentamiento global, los asumen los profesores y profesoras cercanos al fin del mundo, y a esa posibilidad le tienen mucho miedo.
- 38. Miedo a un terremoto.** De los fenómenos naturales más temidos es el terremoto, no solo por la cantidad de víctimas sino por todas las dificultades que genera. No quieren estar o padecer los efectos de un terremoto.
- 39. Miedo a una bomba.** En Colombia, en la década de los 90, era muy común un carro bomba; desde esa memoria, los docentes y las docentes le tienen bastante miedo a los carros bomba, tanto por los daños como por las víctimas que genera. Aunado a las bombas están las minas antipersonas que suelen instalarse en zonas rurales con las horrendas consecuencias humanas que traen. Una explosión de una mina

antipersona, de una bomba, alcanza no solo cuerpos sino imaginarios que se mantienen en el tiempo.

40. Miedo a la inseguridad en las ciudades.

Este es uno de los miedos más curiosos y más reeditados; cual nos indica O`donnell (2010, p. 207),

Este miedo es el más manifiesto, el más evidente, el que más acucia... las ciudades medievales protegían a sus pobladores de los bandidos y de las frecuentes guerras feudales con murallas y fortificaciones... la ciudad que, antaño fuera un refugio contra la violencia, es hoy el escenario propicio para secuestros, robos y asesinatos.

Los profesores y profesoras le temen a las calles de las grandes ciudades; la falta de seguridad en las ciudades les produce pánico.

41. Miedo a la invisibilidad. Algunos profesores y profesoras manifestaron que les agradaba ser reconocidos, ser tenidos en cuenta a la hora de que se tomen las decisiones; el no ser visibles les produce miedo. Hay sujetos narcisos que luchan por ser visibles, cuyo miedo es no ser reconocidos. "Hay cierto narcisismo en mis formas de comportarme, tal vez, cierto miedo a no ser visible. Lo cual confirmo con mis publicaciones, mi vestuario e incluso la presencia de mi voz en lugares que no siempre requieren de mis conceptos".

42. Miedo a la tecnología deshumanizada. La tecnología por sí no parece peligrosa, pero en los términos de uso, muchos manifiestan ese miedo al futuro por lo que pueda devenir en un mundo tecnologizado y deshumanizado. Aquí puede subyacer una imaginación colectiva, un cierto rumor que cada vez se hace más fuerte; la tecnología se está convirtiendo en un riesgo.

43. Miedo a los estudiantes y a las estudiantes. Esta manifestación se hace más evidente con estudiantes mayores que ya están en condiciones de agredir. La siguiente investigación adelantada en España (Libertad Digital, 2012), nos muestra la problemática:

Aunque sólo [sic] un 7,4% de los profesores reconocen haber sufrido alguna vez una agresión física por parte de los alumnos, el

54,4% afirma haber recibido insultos, un 32,4% amenazas y el 97,9% ha visto episodios de violencia de sus pupilos entre sí. El estudio fue realizado durante el pasado curso entre 1.223 profesores de Secundaria, 240 de Andalucía. El 50,2% reconoce que el temor a una agresión le provoca un nivel de estrés alto o muy alto.

Es decir, este miedo no es exclusivo de los sujetos docentes colombianos, también lo padecen profesores y profesoras de otros continentes, lo que nos lleva a pensar que si algo está bien globalizado es el miedo. Hay comunidades deprimidas donde se les teme a los estudiantes porque rompen vidrios y generan desconcierto en su entorno. Como si el estudiantado también se fuese convirtiendo en un factor generador de miedo.

5. Cuarta instantánea: metáforas y paradojas del miedo

El poder tiene bastantes metáforas para promover el miedo, buenos ejemplos son los siguientes: Miedo a la ira de Dios ¿Es posible? Miedo al diablo, miedo a los fantasmas, es decir, son metáforas que nos piensan, que nos someten si se quiere. Tener miedo al infierno, a no llegar al cielo u otras ofertas del más allá, es una clara metaforización de la realidad, una metafísica del miedo. Dios, como fuente de miedo que bien lo relata la Biblia, tampoco le queda lejos a El Corán (2011), donde en la Sura II, La Vaca, en su aleya uno expresa: "He aquí el libro que no ofrece duda; él [sic] es la dirección de los que temen al señor". Nos queda claro, el Corán es un libro para temer, para saber que es Dios quien define nuestras vidas y el más allá, por tanto, el libro sagrado de los musulmanes ha de ser y se convierte en fuente de miedo en sí mismo. La misma suerte ocurre con la Biblia donde las palabras miedo, temor o temed, plagan el libro y, por consiguiente, a los seguidores y seguidoras de la llamada palabra de Dios.

El miedo a una ira de Dios, claramente lo amplía Fromm (2006, p. 69):

La Iglesia, al tiempo que fomentaba un sentimiento de culpabilidad, también aseguraba al individuo su amor incondicional para todos sus hijos y ofrecía una manera de adquirir la

convicción de ser perdonado y amado por Dios. La relación con el Señor era antes de confianza y amor que de miedo y duda.

Este miedo es una clara muestra de hasta dónde puede llegar un poder: generar miedo para controlar, para someter, sabiendo, como muestra Fromm, que al principio la relación ser humano-Dios era de confianza y de pronto fue necesario llevarla a la duda, a la culpabilidad, al miedo para que el papel de la iglesia fuese importante, un poder mediador ante otro poder.

Esto de que tengamos miedo a la muerte no es tan inocente como se revela; meter miedo con el más allá es una de las grandes fuerzas de las religiones judeocristianas, puesto que nos ponen en la paradoja de disfrutar el cuerpo o salvar el alma, y ante el mundo de sensaciones el cuerpo termina cediendo y su supuesta alma condenándose; de ahí que ese miedo a la muerte, en términos generales, es una herencia religiosa; aunque la pulsión entre el Eros y el Tánatos es una lucha que por sí misma produce cierto miedo y cierta ilusión.

Por un lado se alaba la tecnología y por otro se le rechaza, se la supone pregonera de grandes desastres. De hecho, en el libro *Ciberculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes*, Piscitelli (2002, p. 36) expone que “Construiremos computadoras dotadas de una inteligencia más-que-humana”. Esta idea de tener inteligencias artificiales superiores a la condición humana produce cierto resquemor, cierto miedo, puesto que ya no serán inteligencias controladas por las personas, en lo cual Lyotard también coincide: habrá inteligencia sin necesidad de los seres humanos.

¿Y la persona virtuosa debe sentir miedo? Esta pregunta va por lo que muchos hombres y mujeres del pasado consideraban como virtud: un ser humano inclinado a hacer el bien y libre, no solo de manchas sino de miedos. Las virtudes son los patrimonios morales del ser humano, son hábitos de permanente bonhomía. Las virtudes, según Aristóteles, no son pasiones ni facultades, sino hábitos o cualidades; lo opuesto son los vicios. Las virtudes más conocidas son la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza; a propósito, son denominaciones femeninas, lo cual nos puede sugerir cierta capacidad de autogeneración. ¿Qué pasa con

la fortaleza y la templanza cuando nos asiste el miedo? No se tiene una respuesta cercana conocida, y los profesores y profesoras, cuando escriben sobre los miedos, en nada se refieren a las virtudes. Por tanto, estamos frente a otra paradoja: si un profesor o profesora es alguien virtuoso, ¿cómo es posible que tenga tantos miedos?

Hay paradojas del miedo que parecen incontestables, pero que nos designan, cual explica Guarín (2011, p. 159): “Somos, de algún modo, sobrevivientes, en medio de guerras, de economías maltrechas, de democracias asesinas, de desarrollos tecnopolíticos y militares agresivos”. Estas guerras, estas economías maltrechas y estas democracias asesinas, lo único que multiplican es el miedo y facilitan el ejercicio del poder. De ahí que tengamos profesores y profesoras con tantos miedos formando sociedades para la libertad, afincada en los miedos: ni más ni menos que la gran paradoja.

¿Qué tipo de sujeto forma un sujeto docente con estos miedos? Desde los testimonios se reconoce que se forman sujetos limitados, llenos de miedos, seres resentidos, personas agresivas, rodeados de muros que no dejan movilizar al ser humano. El muro de las religiones o muro de los lamentos; el muro de la política o muro de Berlín, ahora muro en la frontera con México o en Gaza; el muro de la economía o Wall Street son, evidentemente, formas de actualizar los miedos. No se sabe qué tipo de sujeto se está formando con tantos pavores, lo que sí sabemos es que pertenecemos a la sociedad del miedo.

6. Quinta instantánea: Punto de cierre. Futuro del miedo

Ese miedo al futuro, ese temor a lo desconocido, gravita entre la fantasía y la ansiedad, puesto que nada de lo por venir es claro; mucho parece desastroso, desde la realidad ambiental, pasando por ciertas profecías religiosas o étnicas y llegando hasta el planeamiento político-financiero; ahí emerge el futuro como una caja de Pandora sin siquiera una esperanza, una suerte de desesperanza aprendida, donde ni derecho a la esperanza

se tiene; es un miedo reeditado: gentes sin esperanza, llenas de miedos.

El conocimiento artístico, científico, filosófico, psicológico, económico, físico, químico, geográfico, militar, político, ético y lingüístico, alojan sus propias teorías y prácticas, con las cuales se construyeron y, para colmo, se siguen instituyendo temores; por tanto, deben dar cuenta del cómo multiplican y el por qué ingenian miedos, en unas formas de comprender el mundo donde nada es inocente. Cada uno de estos conocimientos debería preguntarse por sus modos de leer y abordar al sujeto, donde el *cómo* y el *para quiénes*, aparezcan en sus horizontes; formulas sencillas que hasta la democracia ha olvidado.

Hay un miedo que no mencionaron los maestros y maestras, y es el miedo a la democracia, sobre el cual nos advierte Chomsky (2009, p. 308): “El ansia de ver aplicada en todo el mundo la democracia al estilo norteamericano ha sido un tema persistente en la política exterior de los Estados Unidos”; esto porque donde los Estados Unidos se proponen dizque fortalecer o instaurar la democracia, se gestan un sinnúmero de violaciones internas o, si es el caso, de invasiones -como se ha dado en Vietnam, Panamá, Afganistán o Irak, por citar algunos países-, donde en el fondo lo que hay es una práctica política para justificar sus ambiciones económicas. Es curioso que ninguno de los profesores o profesoras hubiese escrito sobre algún miedo en relación con las posibles intervenciones armadas o no de los Estados Unidos, sobre los espionajes electrónicos o sobre que sus hijos e hijas permanecieran demasiado tiempo en las redes sociales digitales.

Culpar al otro, demonizar el afuera y encontrar a alguien para perseguir, es una de las grandes tecnologías del miedo. Perseguir bárbaros, mujeres, negros, indígenas, terroristas o pobres, es una línea clara del poder sustentada en la necesidad de buscar a quien culpar. Ya nos establece en una entrevista Galeano, a través de O’donnell (2010, pp. 38-39), que “Cuando se demoniza al otro esa operación no es inocente, porque el miedo nunca lo es... las religiones dominantes degradan a la mujer”. Si alguna herencia tenemos clara es la religiosa, la política

y la militar, que para hacerse a sus propios fines no tiene problemas en demonizar, en denigrar del otro. De ahí la justificación de las guerras; de ahí la justificación de la inquisición y quema de brujas; en las misoginias religiosa, política o militar, nada es inocente; de ahí las injusticias; de ahí la educación, con profesores y profesoras temerosos, casi acobardados, como un espacio idóneo para replicar y enseñar nuevos miedos.

Es la educación un sistema, una forma de poder, una manera de comprender y hacer comprender el mundo; por tanto, si en la educación los encargados de ser docentes tenemos tantos miedos y, a su vez, los replicamos, ¿qué tipo de sujeto estamos formando?; es una muestra más de la crisis, de la crisis educativa, donde se abordan temas, se escriben currículos, se disponen normas, pero los grandes temas de la humanidad no se abordan porque no se quiere o porque simplemente no se conocen.

Los nuevos grandes miedos de la humanidad, los nuevos miedos para el futuro, no fueron abordados por los docentes y las docentes como la pérdida de seguridad social, la pérdida de empleo, la contaminación ambiental, el agotamiento de aguas dulces, del agua potable, la guerra por el agua, la pérdida de la información de las bases de datos o en la Internet, el jaeo de las cuentas bancarias, la propagación de un virus que afecte a grandes ciudades, un calentamiento global o una intoxicación general del aire; no se expusieron miedos por la desaparición o corte permanente de los servicios públicos, es decir, no se mencionaron riesgos muy fuertes a presentarse en el futuro.

Es posible que hayan ilusiones cognitivas con relación al miedo, es decir, una creencia que aceptamos intuitivamente como cierta; por consiguiente, puede haber miedos venidos de ilusiones cognitivas, miedos admitidos como ciertos por mera adopción intuitiva sin que se revisen, sin que se contrasten con la realidad y/o con el mismo juego de la razón.

Así las cosas, con profesores y profesoras miedosos e inventándose desasosiegos, con docentes que no han logrado resolver sus miedos atávicos, aquellos miedos de sociedades en caverna, ¿cómo podremos bordear y abordar el mundo de los niños y niñas o de la gente joven?;

tantos miedos, tantos tabúes, tantos temores, lo que promueven son inseguridades, pero siguen haciendo el juego al poder cuyo lema central, desde antes de Maquiavelo, es meter miedo para dominar, meter pánico para controlar.

Entonces, en sociedades -como la nuestra- gobernadas por el miedo, donde el otro es una amenaza, no una promesa, donde el otro es siempre fuente de sospecha y no de esperanza, aprendimos a temernos, aprendimos a temerle a todo, encontramos en los sujetos docentes miedos religiosos, económicos, afectivos, educativos-académicos, existenciales, a la naturaleza, y hasta miedos del llamado hombre de las cavernas, miedo a las sombras, a las propias sombras; visto así, aún no hemos cortado el cordón umbilical que nos une al miedo.

Desde luego que cuando se corta el cordón umbilical -bien, el que nos une a la madre, a alguien o, a algo-, se va construyendo la libertad. En el momento en que se corte ese cordón que nos une al miedo, es posible que aprendamos no solo de la libertad sino de la felicidad. ¿Es la libertad presencia de algo? Esto porque se ha llegado a pensar que uno de los grandes muros del ser humano es el miedo a ejercer la libertad, ¿Es el miedo ausencia o presencia de algo, o ambos? Si un defensor a ultranza de la libertad es un esclavo de lo que libera, es posible que un ser humano plagado de pavores sea otra suerte de esclavo; de ahí la fantasía, de ahí la ansiedad de los mismos miedos, libertad o seguridad.

¿Cuánto de miedo produce pensar y escribir sobre el miedo? Es una pregunta por las ironías, es una pregunta por las metáforas con que nos venden y con que vendemos miedos y sobre lo cual la educación no debe hacerse la sorda, tiene que ser consciente de sus fantasías y ansiedades.

Lista de referencias

Alvarado, S. V., Patiño, J. A. & Loaiza, J. A. (2012). Sujetos y subjetividades políticas: El caso del movimiento juvenil Álvaro Ulcué. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 1 (10)*, pp. 855-869.

Bauman, Z. (2008). *Miedo líquido*. Buenos Aires: Paidós.

Beck, U. (2002). *La sociedad del riesgo global*. Madrid: Siglo XXI.

Chomsky, N. (2009). *Miedo a la democracia*. Barcelona: Crítica.

Delumeau, J. (2005). *El miedo en occidente*. México, D. F.: Taurus.

El Corán (2011). *El Corán*. Barcelona: Óptima.

Freire, P. (2007). *Pedagogía de la esperanza*. México, D. F.: Siglo XXI.

Freud, S. (2008). *La interpretación de los sueños*. Madrid: Libro.

Fromm, E. (1941/Trad. 2006). *Miedo a la libertad*. Buenos Aires: Paidós.

Ghiso, A. M. (2012). Algunos límites de las respuestas frente a la violencia y la inseguridad, en las instituciones educativas. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 10 (2)*, pp. 815-824.

González, G. M. (2010). *Umbrales de Indolencia*. Manizales: Universidad de Manizales.

González, G. M. (2011). *Resistir en la esperanza. Tertulias con el tiempo*. Pereira: Universidad Tecnológica de Pereira.

Guarín, J. G. (2011). *Episteme, logos. Epistemología, hermenéutica en la interdisciplinariedad contemporánea*. Manizales: Universidad de Manizales.

Jiménez, A. E., Castillo, V. D. & Cisternas, L. C. (2012). Validación de la escala de agresión entre pares y subescala de agresión virtual en escolares chilenos. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud, 10 (2)*, pp. 825-840.

La Biblia (1990). *La Biblia*. Bogotá, D. C.: Círculo de lectores.

López, S. (2009). *Los buenos profesores: educadores comprometidos con un proyecto educativo*. La Serena: Editorial Universidad de La Serena.

Ministerio de Defensa de Colombia (2011). *Anuario Estadístico del sector defensa y seguridad de Colombia 2003-2009*. Bogotá, D. C.: Ministerio de Defensa de Colombia.

Molano, A. (2009). *Ahí les dejo esos fierros*. Bogotá, D. C.: El Áncora Editores.

Nietzsche, F. (1888/2005). *El anticristo*. (3ra edición). México, D. F.: Leyenda.

- O'donnell, P. (2010). *La sociedad de los miedos*. (5ta Edición). Buenos Aires: Suramericana.
- Páez, R. M. (2009). Cuerpo reconocido: Formación para la interacción sin violencia en la escuela primaria. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, Vol. 7 (2), pp. 989-1007.
- Piscitelli, A. (2002). *Ciberculturas 2.0. En la era de las máquinas inteligentes*. Buenos Aires: Paidós.
- Puget, J. & Kaës, R. (comps.) (1991). *Violencia de Estado y Psicoanálisis*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, Asamblea Permanente por los DDHH.
- Quintar, E. (2006). *La enseñanza como puente a la vida*. México, D. F.: Instituto de Pensamiento y Cultura Latinoamericana.
- Restrepo, L. (2001). *La multitud errante*. Bogotá, D. C.: Punto de Lectura.
- Rowlands, M. (2009). *El Filósofo y el Lobo. Lecciones sobre el amor y la felicidad*. Barcelona: Seix Barral.
- Sófocles (2006 versión). *Edipo rey. Edipo en Colona. Antígona*. México, D. F.: Tomo. Original: Edipo 430 a. n. e., Edipo en Colona, 406 a. n. e. y Antígona, 442 a. n. e.
- Zemelman, H. (1998). *Sujeto: existencia y potencia*. Barcelona: Anthropos.